

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

Año VI

San Salvador, Centro América — Septiembre de 1951

No. 53

LUCES DE GUIA

Una tesis y una respuesta sobre las causas de la Inmoralidad

Aunque resulte manido el tema, es necesario insistir sobre lo mismo. Hay mucho entre nosotros que huele a podrido. Existen individuos perversos de conciencia deprabada, libertinos, usureros, adúlteros, seductores, perjuros. Ante esta realidad los hombres de buena voluntad tenemos el derecho y la obligación de protestar con voz clara y fuerte.

Esta crítica social quiero que sea ante todo constructiva, y no una censura acre y lacerante contra la sociedad actual.

La palabra moralidad se ha de tomar en sentido amplio y universal.

Creo necesaria esta insistencia porque, a pesar de todo lo que se ha escrito de ello, nunca se abarca el problema en toda su extensión, ni se penetra a fondo en él, ni, mucho menos, se da con la verdadera solución del problema.

Las personas tenidas por sensatas y responsables están alarmadas ante la creciente ola de inmoralidad que está socavando los fundamentos de nuestra sociedad. Pero es una alarma de fuegos fatuos. Ni se ve enmienda en los individuos, ni interés por conseguirla, ni afán en los de arriba por cortar con mano dura las injusticias y lacras que nos desprestigian. Se critica, se censura, se pone, de vez en cuando, el grito en el cielo y nada más.

Este mal social no ha llegado a impresionar de veras a la sociedad. Le afecta sólo superficialmente. A cada racha de crímenes que, con harta frecuencia, se desata, a cada desfalco que se descubre, a cada escándalo repugnante dado a la luz del día, se encienden unas cuantas llamaradas de protestas que poco a poco se amortiguan, se apagan y aquí no ha pasado nada.

La sociedad sigue alegre y confiada hundiéndose más y más, enfangándose sin sentir en el cieno de sus propios desórdenes y crímenes.

La prensa diaria, en los últimos tiempos sobre todo, ha estado dando la voz de alarma ante el caos que nos amenaza, si no se pone pronto remedio al mal que nos invade. Mas esta crítica, por lo general, se restringe únicamente a ciertas manifestaciones externas de la espantosa inmoralidad reinante: a los hechos de sangre, a los desfalcos públicos, a los ebrios escandalosos. Dejan sin embargo en el olvido otros muchos delitos que, aunque ocultos, no por eso dejan de ser igualmente reprobables. Además las soluciones que se indican son, con raras excepciones, vagas e indeterminadas. Se habla de la falta de cultura y moral, como el origen de los males que aquejan a la sociedad actual. ¿De qué cultura se trata, de qué moral?

Si queremos ser consecuentes con nosotros mismos, si de veras anhelamos la enmienda del pueblo, si nuestro afán de regeneración social es sincero, pongamos el dedo sobre la llaga, descubramos con valentía los vicios y lacras, apuntemos los remedios, lo mismo si están en el hombre de arriba que en el de abajo, que en el del medio.

Todas nuestras recriminaciones serán ineficaces, inútiles cuando los de abajo vean que únicamente sobre ellos caen los reproches y las censuras, y se procuran ocultar con tupido velo esos mismos vicios en los de arriba. En este discurrir son lógicos. Porque todo lo que es condenable en los pobres, lo es también en los ricos. Hay que condenar el vicio, la borrachera, el adulterio, los robos, en todos, sin distinción de personas, edad y condición. Así se podrá conseguir algo. De lo contrario con la discriminación de clases sociales no haremos más que exacerbar a los unos y dar alas a los otros. Al vicio hay que atacarlo donde esté.

Nos quejamos, a veces, de la ineficacia de muchas disposiciones. Esto tiene una explicación bien sencilla. O porque no se aplican a todos sin distinción, o porque se descubre que los mismos que las dan son los primeros en violarlas.

Indiqué antes que esta crítica sería ante todo constructiva. Estará por lo tanto en su punto indicar cuál es el verdadero remedio y cuál no lo es.

Ya sé que muchas veces hay intereses creados que por desgracia impedirán el aplicar la segur a la raíz. Entonces la responsabilidad será de los que debiendo poner el remedio, por una causa o por otra no lo ponen, o lo aplican a medias, que es lo mismo que no ponerlo. La idea que entonces flotará en el ambiente de todos es de no querer evitar el mal. Si pudiéndolo hacer no lo hacen es que no les importa el desquiciamiento moral de la sociedad.

Toda persona responsable está obligada a poner los remedios que, a su parecer, crea que son eficaces para atajar el mal y proteger el bien. Sólo cuando así lo haga podrá tener la tranquilidad de haber procedido con su deber.

Es innegable que en nuestro ambiente reina una gran inmoralidad. Es también cierto que esta inmoralidad ha invadido todas las capas sociales aun aquellas que por su carácter y finalidad debieran haberse mantenido impolutas.

¿Este desmoronamiento social se debe a la falta de cultura? Se viene la sonrisa a los labios cuando se oye pregonar a los santones del laicismo, con pose de pontífices, que el remedio único, eficaz, para regenerar a la sociedad moderna es la cultura, la ilustración, el saber. ¡No, señores, no! La cultura no puede resolver el terrible azote de la inmoralidad de nuestro ambiente. No negamos que la cultura, de por sí, puede ser un instrumento importante que ayude a resolver el problema. Ella sola no lo resolverá nunca. Hará, eso sí, que los crímenes y delitos se cometan más cultamente, más sibaríticamente, evitando ciertas formas brutales y groseras propias de gentes ineducadas e incultas. Con la sola cultura la inmoralidad irá pululando constantemente en nuestro pueblo, y caerán bajo sus garras las capas inferiores y las superiores.

A los hechos me atengo. Y si no ¿qué diferencia hay entre un pobre campesino que se emborracha a fuerza de guaro, y va tambaleándose por las calles y plazas, y al fin, impotente para conservar el equilibrio cae a la vera del camino, y el otro hombre culto que en amena y culta charla va engullendo copas y copas de fino licor, hasta que se desvanece y cae sobre un aterciopelado sillón o una mullida alfombra? ¿Y quién será más responsable, el hombre inculto que en un altercado callejero deja a su adversario en el suelo o el culto doctor que no tiene reparo en practicar descuidadamente una intervención quirúrgica o en procurar el aborto sin escrúpulo alguno, a toda persona que se le presente? En resumidas cuentas, los dos han cortado una vida humana; el primero brutalmente y el segundo muy cultamente. ¿Y quién será más ladrón, el apache arrabalero que aprovecha la noche para sus fechorías y despojar al incauto, o el talentoso juez que sofisticando las leyes, y tergiversando agudamente los hechos logra despojar a su legítimo propietario de lo que con toda justicia le pertenecía? Al primero se le condena por su alevosía y al segundo se le deja pasar por el buen uso que ha hecho de su cultura. Al vago de profesión se le condena, y al usurero prestamista se le permite en la sociedad, ¿quién de los dos es más condenable? Aquí también entra de por medio la cultura. Es que el uno lo hace con formas suaves y el otro carece de ellas.

Nos convenceríamos de que el problema de la inmoralidad es cuestión de cultura, si realmente entre el elemento culto no encontrásemos vicios e injusticias. Hagamos un catálogo más o menos completo de los vicios y lacras que más pululan en nuestro ambiente, y nos persuadiremos de que todas las clases sociales tienen el tejado de vidrio. Nadie puede tirar la primera piedra por temor a que sea devuelta. La embriaguez, los robos o malversaciones de fondos, el abandono de las prácticas religiosas, la práctica del aborto, el birth-control, la asistencia a centros inmorales, las infidelidades conyugales, los adulterios, los asesinatos, las violaciones, ¿quién en nuestra sociedad se atreverá a decir que todos estos vicios son propios únicamente de las bajas capas sociales? La única diferencia que hay es que la gente inculta los practica con crudeza, brutalmente si se quiere, y que la gente culta los comete con refinamiento, sibaríticamente, con mucha cultura.

No debemos alucinarnos. La verdadera causa del ambiente inmoral hay que buscarlo en otra parte. Esta causa radica indiscutiblemente en la falta de ética, en la carencia absoluta de moral profesional, en la ausen-

cia pavorosa de toda conciencia religiosa. Sin religión no puede haber moralidad duradera. Sin religión reinará el caos de la inmoralidad. En esta falta dolorosa de la religión radica el mal que todos lamentamos.

Se ha desechado de nuestra sociedad el decálogo de Jesucristo y en su lugar se ha implantado el egoísmo, la codicia y la sensualidad. En vez de la caridad de Jesucristo reina el imperio del odio y de la venganza. A los rotundos "no fornicarás, no robarás", de Jesucristo no se les hace caso, se los desprecia, y prefieren vivir enfangados en la lujuria más bestial, y practicar el robo y cometer la injusticia.

Mientras en nuestra sociedad no reine la ley de Cristo imperará la ley del pecado, y mientras la ley de Cristo esté ausente de nuestras escuelas, la cosa no tendrá remedio. El gran pecado liberal ha sido y continúa siendo el insensato afán de descristianizar a un pueblo creyente. Le han quitado al pueblo la fe, y en su lugar no le han dado nada. Tenemos bien entendido que un hombre sin fe religiosa, sin temor de Dios, sin esperanza de un premio o temor de un castigo, está incapacitado para soportar las desigualdades sociales que ve en su derredor. Por eso hará todo lo posible para poder gozar lo que los otros gozan. Sin fe se desesperará. Sin mandamientos robará y matará. Sin caridad cristiana dará rienda suelta al odio y a la pasión. Sin temor de Dios no reparará en el perjurio, ni en el robo, ni en el asesinato. Han desatado a la fiera que todo humano lleva dentro, y ahora esperemos a ver quiénes son los que sufren los primeros efectos de este desencadenamiento.

Un editorialista de La Tribuna Libre negando nuestro aserto sostiene rotundamente todo lo contrario: que la inmoralidad que padecemos no es por falta de religión. Voy a citar sus palabras: "Se ha predicado entre nosotros que el crimen, que la prostitución, que todas las lacras que nos agobian vienen de la falta de moral religiosa, y nosotros hemos sostenido que no es así". Y poco más adelante añade: "Es curioso el registro de un criminal, de un ladrón, de un ratero. Junto con las ganzúas y dentro de una vieja cartera se encuentra a veces la ORACION AL JUSTO JUEZ, el Padre Nuestro al revés, la Magnífica. Y todo esto lo lleva como arma de defensa, para que Dios, El Justo Juez, lo proteja mientras comete el crimen... El pueblo tiene fe, el pueblo cree en Dios... Y en su simplicidad e ignorancia el pueblo llega a creer que hay un justo juez que protege y absuelve a los criminales, que encubre y disimula el vicio. Si así no fuera, ni a la ramera se le hallaría la oración de San Antonio ni al criminal la oración de la Magnífica". (Tribuna Libre, 11 Agosto 1951).

Las consecuencias que saca son éstas: no es por consiguiente la falta de moral religiosa la causa y origen de la inmoralidad.

En primer lugar quisiéramos saber qué es lo que entiende el editorialista por moral religiosa y por fe. Por el contexto de su artículo se saca la consecuencia del lamentable confusionismo de ideas que bullen en su cabeza, y que no tiene la menor noción de lo que es un católico práctico y verdadero.

Reconocemos que en nuestro pueblo, en general, hay cierta fe. Pero es una fe tan raquítica, tan inculta, y tan mezclada con supersticiones que apenas merece el nombre de tal. Esa reminiscencia de fe que todavía se

observa en él, no es más que la carátula, los últimos destellos de la verdadera fe que tuvo antaño, y que, GRACIAS al trasnochado liberalismo del siglo pasado y al impertinente laicismo que en todo tiempo ha tenido que soportar, la perdió casi por completo, y no le ha quedado más que esas descarnadas y rutinarias creencias que se reflejan solamente en ciertas manifestaciones externas, a las que, por lo visto, el editorialista llama fe y moral religiosa.

No, para ser católico de verdad no bastan las manifestaciones externas, ni llevar al cuello una medalla, ni en la cartera la oración de San Antonio o el Magnificat. El que solamente se contenta con eso no tiene ni fe verdadera, ni menos aún moral religiosa. Nuestra fe verdadera tiene que ser fe con obras, acomodadas naturalmente al Credo que profesamos, y la moral religiosa tiene que basarse en el cumplimiento de los mandamientos impuestos por Dios, en cuyo cumplimiento se ha de poner el verdadero amor de Dios, la verdadera prueba de su catolicismo.

El que me ama, dice Jesucristo, cumple mis mandamientos. Y en esto solamente está la verdadera moral religiosa. Jesucristo ha dicho: aquel que me ama, que cumple mis mandamientos, y nunca jamás dijo que su amor consistía en asistir a una manifestación pública, o en llevar la Magnífica en el bolsillo, o la oración de San Antonio en la cartera, o en recitar el Padre Nuestro al revés.

Como conclusión vuelvo a reafirmar mi tesis expuesta al principio. La inmoralidad que nos anega es consecuencia de la separación y abandono de Dios. No cumplimos la voluntad de Dios. No observamos sus mandamientos. Despreciamos la ética y la moral cristiana. El egoísmo ha desterrado a la caridad. La lujuria todo lo corroe. La sensualidad se masca en nuestro ambiente. ¿Quién se extrañará con todo esto de que la inmoralidad impere despóticamente entre nosotros?

Trabajemos por implantar el cumplimiento de los mandamientos de la ley de Dios, código sublime de la más excelsa moralidad, y nuestra sociedad cambiará por completo. De lo contrario, por más que hagamos, habremos arado en el mar.

Admitimos que la condición de extrema miseria en que vive gran parte de nuestro pueblo es una ocasión difícil para su moral, mas sostenemos que esta ocasión se puede superar con la práctica verdadera de la moral religiosa. Si hay religión práctica habrá caridad, habrá amor al prójimo, habrá justicia social, habrá más comprensión, habrá, sobre todo, menos inmoralidad.

B. Muruzábal, S.J.